



DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. TOMÁS BRETÓN

Director del Real Conservatorio de Música y Declamación
de Madrid

Señoras y Señores:

Me es muy grato haber podido asistir a la inauguración del Conservatorio de Murcia, como es grato siempre contemplar la aurora de un nuevo día y traeros el más afectuoso y cordial saludo del ilustre Claustro del Conservatorio de Madrid, que hace votos conmigo y funda legítimas esperanzas en el brillante porvenir de este nuevo Centro musical de enseñanza. No paso de aquí ni os rindo hoy adjetivos pomposos que podrían sonar a adulación, porque iría contra mi particular modo de ser, y porque empezáis ahora la vida pedagógica oficial; mas abrigo sinceramente la fe de que muy pronto sabréis conquistar aplausos y lauros que acrediten y justifiquen plenamente el acierto que presidió a la creación de este organismo. Parecerá como que hay contradicción entre mi reserva de elogios presentes y la anticipación de los futuros, pero a mi ver no hay tal... Porque si el fin del arte es la belleza y muy principalmente en el de los sentidos ¿cómo sería posible que no respondáis al cometido que se os impone, contando con vuestra bien conocida y probada competencia, y sobre todo, moviéndose en un ambiente tan estupendo de belleza y de luz como el que se respira por todas partes en esta tierra hermosísima. Así pudo ser cuna de tantos varones ilustres en los diversos ramos del saber, cuya enumeración omito por no hacer uso de erudicción barata, aludiendo sólo, pues nos hallamos en un centro artístico, a los nombres excelsos de Romea, Fer-

nández Caballero y Chapí, de la región al cabo, por no hablar sino de los que fueron.

Ved pues como no hay contradicción, entre mi reserva y mis augurios.

La tarea que habéis de realizar, que realizaréis seguramente, es por todo extremo simpática y trascendental. Hay una verdad tan conocida como poco estimada, sin duda por ser verdad, la cual nos enseña que el arte tiene más que nada, la virtud de unir y recrear a todos los espíritus; que si no es religión, se le parece mucho: y de todos los modos del arte, el tónico, es el que más directamente habla al sentimiento, el más fino, pues ni el sonido que nos encanta es dado ver al hombre; es también el más expresivo y el más social. Cierto que esa espiritual comunión, a que me refiero, se produce cuando contemplamos una bella obra arquitectónica, pictórica y escultórica, pero con la música ocurre, además de ese efecto de público, que los intérpretes de la obra musical suman a veces cientos de personas, que pueden ser, que son, en realidad, de caracteres e ideas diferentes, de creencias y opiniones distintas y sin embargo en el momento preciso de la ejecución, vibran todas al unísono, les embarga el mismo sentimiento, olvidando las diferencias que les separan y fundiéndose en un todo artístico, sublime, augusto, que les eleva y exalta a regiones más puras, hasta parecer como presciencia maravillosa de otra vida. Claro que pasados estos momentos, esas personas vuelven a ser como son... Pero algo queda del benéfico influjo de la música en los que la practican. Yo tuve hace tiempo, y por azar, la satisfacción de enterarme, leyendo un libro de estadísticas que los músicos son tal vez los que dan menos contingente a la criminalidad. Pláceme recordar un caso, citado por mí en otras ocasiones, por lo curioso y elocuente que es.

Los catalanes, se distinguen entre otras cosas por una gran afición a la música; a tal punto, que en su región se cuentan por cientos los orfeones. Pues bien: en una ocasión, se combinaron tres o cuatro de estas entidades para dar unidas un concierto de esos que ligeramente se adjetivan de monstruos; y sucedió que un día que estaban congregados para ensayar, al ir a sacar la música de la caja o armario en que estaba guardada, echaron de menos la llave, siendo inútiles los pasos que dieron para encontrarla. En tal situación y para no perder tiempo, pensaron forzar la cerradura por medio de algún hierro o instrumento adecuado y se pidió a los concurrentes en alta voz una navaja, cuanto más grande y fuerte mejor, para resolver la dificultad; pe-

ro entre los tres o cuatrocientos hombres reunidos, pertenecientes en su mayoría a la clase humilde, no se logró hallar una navaja ni chica, ni grande, ni fuerte, ni debil:

Estos efectos los obra la música. Ya veis lo conveniente que sería su difusión y propaganda. Y no creais exagerado ni atribuyais a egoísmo, por la circunstancia de ser yo músico, la aplicación de estos argumentos; porque antes de que nacióramos los presentes y docenas de generaciones anteriores, ya se reconocían esas virtudes a la música sintetizada en la vulgar frase de tiempo de los paganos: «la música amansa a las fieras».

Y termino, dando las gracias más expresivas en nombre de los músicos españoles al insigne murciano e ilustre patricio que preside la admirable Sociedad de Conciertos titulada «Orquesta Sinfónica de Madrid», quien hace buen número de años me honra con su preciada amistad, el Excmo. Sr. D. Juan de la Cierva, por el apasionado empeño que puso y el éxito coronó en la fundación de este Centro Musical, cuya inauguración celebramos, saludando al glorioso artista que dignamente representa al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública y que para bien de todos ocupa la Dirección general de Bellas Artes con unánime aplauso de la opinión; a las muy corteses autoridades de Murcia, que van materialmente a porfía en el noble ejercicio de la hospitalidad, así como la culta y lisonjera Prensa local; estimulado a los notables profesores que constituyen el Claustro del Conservatorio de Murcia a mantener y superar si es posible la tradición artística de esta región privilegiada, y agradeciendo por último también a su primer simpático director el ilustre hombre público señor Díez de Revenga, la amable invitación que se sirvió dirigirme para tomar parte en esta fiesta memorable, lamentando que mis medios de expresión no permitan colocarme a la altura de las circunstancias y dándome al propio tiempo la ocasión de ofrecerme a vosotros en todo lo poco que yo pueda y valga». (Grandes aplausos).

